

# Trabajo y valor: anotaciones críticas sobre la obra reciente de André Gorz\*

Ricardo Antunes\*\*

## Resumen

La obra de André Gorz, además de amplia y original, se caracteriza por sus continuidades y rupturas. Se trata de un autor que ha trabajado intensamente sobre la temática del trabajo, revisando la difícil comprensión de sus cambios y metamorfosis, y que ha planteado un análisis *sui generis* sobre esa temática. El objetivo de este artículo es analizar, de manera introductoria, las tres cuestiones centrales en la obra reciente de Gorz: 1) su posición ante la categoría trabajo; 2) su crítica al concepto de proletariado, y 3) el significado contemporáneo que le confiere a la teoría del valor.

## Abstract

The work of André Gorz, besides being ample and original, is characterized by its continuities and ruptures. Gorz is someone who has worked intensely on labor issues, particularly on changes in the labor force. He brought in a unique analysis on this issue. The main argument of this article is to analyze –as in an introductory form– his work, especially to answer the following questions: 1) What is Gorz's position on the labor issue? 2) What is his understanding on the proletariat class? 3) What is Surplus Value Theory according to his view?

## Resumo

A obra de André Gorz, além de ampla e original, compreende vários momentos de continuidade e descontinuidade. Trata-se de um autor que vem se debruçando intensamente na temática do trabalho, visando a difícil compreensão das suas mutações e metamorfoses e que tem oferecido uma análise particular e importante sobre essa temática. O objetivo deste texto é tratar, de modo introdutório, de três questões centrais na obra recente de André Gorz: 1) seu entendimento acerca da categoria *trabalho*; 2) sua crítica ao conceito de *proletariado*; 3) o significado contemporâneo que ele confere à *teoria do valor*.

Debatir en torno a la producción de André Gorz es una empresa difícil dada la amplitud de su obra, sus múltiples fases y momentos, su originalidad, sus oscilacio-

\* Traducción del portugués de la Mtra. Irene Sánchez Ramos, investigadora del CELA, FCPyS, UNAM.

\*\* Profesor titular de Sociología del Trabajo en el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad de Campinas, Brasil. Es autor, entre otros libros, de *O caracol e sua concha* y *Os sentidos do trabalho*. Coordina también las colecciones *Mundo do Trabalho*, de la Editorial Boitempo, y *Trabalho e Emancipação*, de la Editorial Expressão Popular.

nes, sus continuidades y rupturas. Como lector de algunos de sus libros, no me aventuraría a hacer un análisis crítico de su amplia y densa producción, trabajo que corresponde a un especialista en la obra gorziana. Hago, por ello, algo mucho más modesto en este espacio: pretendo tan sólo indicar algunas notas polémicas sobre aspectos de su labor intelectual que, a mi parecer, merecen un contrapunto.

Parece innecesario añadir que la reflexión de André Gorz, además de vastísima, creativa y original, es frecuentemente provocadora e invita al debate, tal como lo plantee en mi *Adeus ao trabalho?* (1995) (*¿Adiós al trabajo?*), texto donde polemizo con lo planteado por Gorz en *Adeus ao proletariado* (1982) (*Adiós al proletariado*). Es importante reconocer, también, que se trata de un autor que se ha inclinado intensamente hacia la temática del trabajo, revisando la compleja comprensión de sus mutaciones y metamorfosis.

En este texto vamos a esbozar una *crítica de la crítica*, aun sea introductoria, acerca de tres cuestiones que nos parecen centrales en la obra de Gorz y en su polémica con Marx: su comprensión de la categoría *trabajo*; su crítica al concepto de *proletariado* y el significado contemporáneo que le confiere a la *teoría del valor*. Tomaremos como referencia central sus libros *Metamorfosis del trabajo* (2003) e *Inmaterial* (2005) remitiéndonos en ocasiones a *Adiós al proletariado*, así como a entrevistas que le han hecho.

André Gorz entiende que la idea moderna de *trabajo* es una creación del capitalismo en su fase industrial, siendo por tanto sinónimo de trabajo asalariado, fetichizado y alienado. Si esto queda representado claramente en las páginas iniciales de *Adiós al proletariado*, también se reitera de manera transparente en *Metamorfosis del trabajo*.

En sus propias palabras: “Lo que llamamos ‘trabajo’ es una invención de la modernidad” que se generaliza bajo el industrialismo y es distinta de “quehaceres”, de “labor”, de “autoproducción”. Se trata de “una actividad que se realiza en la esfera pública, solicitada, definida y reconocida como útil por otros más allá de nosotros y, por tanto, es remunerada.” (Gorz, 2003:21)

La idea contemporánea de trabajo, según el autor: “sólo surge, efectivamente, con el capitalismo manufacturero. Hasta entonces, es decir, hasta el siglo XVIII, el término ‘trabajo’ (*labour, arbeit, lavoro*) designaba la dura labor de los siervos y de los trabajadores por jornada, productores de bienes de consumo o de servicios necesarios para la sobrevivencia...” (*Ibid.*:24).

Crítico acérrimo de la “utopía injustificada” formulada por el marxismo, Gorz afirma también que ya “había en Marx una enorme contradicción entre la teoría y las descripciones fenomenológicas, admirablemente penetrantes, de la relación entre el obrero y la máquina. Nada en la descripción justifica la teoría del ‘trabajo atractivo’” (*Ibid.*:98). La cuestión nodal pasa a ser para Gorz, entonces, la liberación *del* trabajo. Es a partir de ahí que se estructura su constructo pautado por la lucha por el tiempo liberado, por la renta de la ciudadanía y por nuevas formas de autonomía.

### Primera nota crítica

Anclado fuertemente en autores como Hannah Arendt, Gorz acaba *unilateralizando* al trabajo, momento por excelencia de la *negatividad*, contrario a la libertad y a la creación. En este punto central su esfuerzo analítico, con todo, no parece convincente y su aprehensión fenomenológica (y no ontológica) del trabajo pierde, en nuestra opinión, la posibilidad de capturar la compleja procesualidad de lo real, su movimiento de positividad y negatividad, creación y servidumbre, humanidad y deshumanidad, autoconstitución y desrealización, presente en toda la historia del trabajo.

Como ya expusimos en otra parte (Antunes, 2005), en el largo recorrido trazado por la *filosofía del trabajo*, el acto laboral ha sido comprendido como expresión tanto de vida como de degradación, de creación e infelicidad, de actividad vital y esclavitud, de felicidad social y servidumbre. *Ergos* y *ponos*, trabajo y fatiga. Momento de catarsis y vivencia de martirio.

De un lado, el mito *prometeico* del trabajo (ver, por ejemplo, Hesiodo, 1990 y Esquilo, s/f), del otro, el *ocio* como liberación, vivencia de la humanidad contra la deshumanización. Con la evolución de la actividad humana, se puede también observar que el trabajo asumía frecuentemente la dimensión de *tripaliare*, derivado de *tripalium*, instrumento de tortura, momento de punición. Restaba, entonces, soñar con el ocio, con el descanso y la pereza.

Si Hegel (1966) escribió bellas páginas sobre la *dialéctica del señor y del esclavo*, mostrando que el señor sólo se convierte *para sí* por medio del otro –de su siervo–, fue Marx quien demostró que, al mismo tiempo que el trabajo es *necesidad eterna para mantener el metabolismo social entre humanidad y naturaleza*, también es, bajo el mundo fetichizado de la mercancía, actividad *impuesta, extrínseca y obligatoria*, a tal grado que *¡si pudiesen, los trabajadores huirían del trabajo como se huye de la peste!* (Marx, 1971 y 2004).

Esto así, porque para Marx, si el trabajo y su génesis es expresión de una actividad vital, en su concreción histórico-social y bajo los apremios derivados de la “segunda naturaleza” mediada por el capital, se transforma en trabajo alienado y fetichizado. Entonces, el *trabajo concreto* que crea cosas socialmente útiles se subordina al *trabajo abstracto*, asalariado y enajenado.

Por tanto, en esta primera nota crítica queremos indicar que, contrariamente a una *unilaterización* del trabajo, en Marx existe un reconocimiento de que éste es expresión viva de la contradicción entre positividad y negatividad, toda vez que, dependiendo de los modos de vida, de la producción y reproducción social, el acto mismo del trabajo puede tanto crear como subordinar, humanizar o envilecer; es instrumento de liberación pero también fuente de esclavitud. Lo mismo puede emancipar, que alienar. *Depende esencialmente de la forma como se plasman las relaciones sociales de producción*. Así ha sido a lo largo de la historia humana. Mucho antes del capitalismo.

Fue mediante la comprensión de esos nexos complejos –al tiempo que contradictorios– que Marx pudo demostrar que el trabajo, así como transforma la naturaleza,

autotransforma a la propia naturaleza humana. Por lo tanto, *unilateralizar* al trabajo significa no aprehender su doble y contradictoria dimensión, sus múltiples sentidos, y dejar de percibir su verdadera fuente de riqueza (y también de miseria). La *unilateralización* de este proceso complejo, más que auxiliarlo, le impide a nuestro autor la comprensión de su movimiento.

Por eso, una vida llena de sentido, en todas las esferas del ser social, solamente podrá hacerse efectiva mediante la *demolición* de las barreras existentes entre *tiempo de trabajo* y *tiempo de no trabajo*. De ese modo, a partir de una actividad vital cargada de sentido, de un trabajo autodeterminado, volcado a la creación de bienes socialmente útiles –más allá de la división jerárquica que subordina el trabajo al capital hoy vigente y, por tanto, sobre bases enteramente nuevas– se podrá conformar una nueva forma de sociabilidad, basada en el *tiempo disponible* y donde la ética, el arte, el tiempo verdaderamente libre y el ocio, de acuerdo a las aspiraciones más auténticas surgidas al interior de la vida cotidiana, posibiliten la gestación de formas enteramente nuevas de sociabilidad. Momento en el cual *libertad* y *necesidad se realicen mutuamente* y no de modo dual, binario y seccionado (ver Antunes, 1999). Y esa empresa, es bueno recordarlo, solamente será posible a través de la ruptura con la lógica destructiva del capital que preside la (des)sociabilidad contemporánea.

Existe aún otro punto en esta anotación crítica que estamos dirigiendo a André Gorz. Si para él el trabajo es por excelencia el *reino de la necesidad carente de libertad*, es necesario recordar con Lukács en su *Ontología del ser social* (1981), que el trabajo, al tiempo que es el espacio de la cosificación y reificación –destaco aquí el magnífico ensayo de Lukács, *Historia y conciencia de clase* (1975)–, también es *protoforma de la actividad humana*, momento por excelencia del *porqué teleológico*, del acto conciente que busca fines. Por eso el *trabajo* desde su inicio expresa también un primer momento preliminar de libertad. Es a través del acto laboral que se puede elegir entre distintas alternativas. Y al hacerlo, incluso de modo preliminar, un momento de libertad. En palabras de Lukács:

Cuan fundamental es el trabajo para la humanización del hombre, está también presente en el hecho de que su constitución ontológica forma el punto de partida genético para la otra cuestión vital que afecta profundamente a los hombres en el curso de toda su historia, la cuestión de la libertad. Su génesis ontológica también se origina a partir de la esfera del trabajo” (1980:112-113).

Claro que el contenido de la libertad aquí comentado es esencialmente distinto en las formas más avanzadas y complejas de la sociabilidad. “Mas el acto teleológico, expresado a través de la ubicación de fines, es un acto de elección, una manifestación de libertad presente al interior del proceso de trabajo. Es un momento efectivo de interacción entre subjetividad y objetividad, causalidad y teleología, necesidad y libertad” (*Ibid.*:116-117).

Según Lukács: “Si la libertad conquistada en el trabajo originario era todavía necesariamente rudimentaria y limitada, esto en ningún sentido altera el hecho de

que incluso la libertad más espiritualizada y elevada debe obtenerse a través de los mismos métodos existentes en el trabajo originario”, esto es, a través del dominio de la acción individual propia del género humano sobre su esfera natural. Es exactamente en este sentido que el trabajo puede ser considerado como momento preliminar de la libertad (*Ibid.*:136).

Por lo tanto, unilateralizar al trabajo y reducirlo a su dimensión exclusivamente negativa, no parece ser el mejor camino analítico.

### Segunda nota crítica

La noción de *proletariado* que Gorz atribuye a Marx nos parece bastante parcial. Según él, “Marx, desde 1846, concibe al proletariado como una clase potencialmente universal, *despojada de cualquier interés particular* y, por tanto, susceptible de tomar el poder en sus manos y racionalizar el proceso de producción...”. (2003:32, cursivas mías). Y agrega:

El principal contenido utópico de esa concepción es que el proletariado ahí es *destinado* a realizar la unidad de lo real como unidad de la Razón: individuos despojados de *cualquier interés* y de cualquier oficio particulares, terminarán por unirse *universalmente con el fin de tornar racional y voluntaria* la mutua colaboración y, juntos, producirán una misma praxis común, un mundo que les pertenezca enteramente: nada podrá existir independientemente de ellos, únicos entes capaces de realizar el *triumfo de la unidad de la Razón* (*Ibid.*:36, cursivas mías).

Ciertamente, aquí Gorz repite el equívoco ya presente en *Adiós al proletariado*, en el cual atribuye a Marx una interpretación moldeada más por el marxismo vulgar que por el propio Marx, y que no se sustenta en un análisis riguroso acerca de la noción marxista del proletariado y sus posibilidades.

Vale aquí registrar esto de modo claro: Marx constató las posibilidades transformadoras del proletariado a través de un análisis complejo que articulaba elementos de materialidad (el papel de la fuerza de trabajo en la creación de valor), con elementos de subjetividad, la cual podría florecer en mayor o menor dimensión en el contexto de la lucha entre las clases. El ejemplo de la Comuna de París, típica de su tiempo, más que invalidar, confirma la proposición marxista.

Por tanto, Marx no sólo captó las *potencialidades revolucionarias* de la clase trabajadora, sino también su propia *eventualidad*,<sup>1</sup> más próxima de la inmediatez o incluso del reformismo. Recordemos sus indicaciones (y las de Engels) acerca de la emergencia de la *aristocracia obrera*. Es decir, muy al contrario de la lectura de Gorz, la clase obrera para Marx podría actuar tanto en el espacio de la *contingencia* como en el de la lucha emancipatoria. Su *potencialidad*, entretanto, le posibilitaría asumir,

<sup>1</sup> *Contingencialidad*, en el original (N. T.).

en situaciones especiales, una clara dimensión revolucionaria. Esto, respaldado en la fuerza de la teoría del valor/trabajo y concretizada en la lucha de clases. No hay, en este sentido, ninguna *sacralización* que obstruya el análisis de Marx.

Prisionero de una crítica abstracta, Gorz acabó por verse impedido para avanzar en la comprensión de la *nueva morfología* como expresión viva de la clase trabajadora hoy, sus posibilidades y limitaciones. Si desapareció su equívoco más grave, resultado de la indeterminada *no-clase de los no-trabajadores* (presente en *Adiós al proletariado*), desgraciadamente André Gorz empobreció sobremanera la conceptualización marxista sobre el proletariado.

Paralizado por la unilaterización que concibe al trabajo como cargado de negatividad, vinculado a una supuesta *ética positiva del trabajo* –propia de Weber y extraña a Marx–, Gorz pudo entonces relacionar su creciente desconfianza en las potencialidades de la clase trabajadora (o en el proletariado) con una supuesta *sacralización* de la concepción marxista del proletariado. Esa conexión le permitió al autor, de modo eurocéntrico, “justificar” su *desencanto* en relación a las potencialidades actuales de los trabajadores.

Contrariamente a las tesis que sustentan el fin del trabajo y de las potencialidades de la clase trabajadora (o del proletariado en su sentido contemporáneo), estamos ante el desafío de comprender lo que ha sido denominado como su *nueva morfología* (del trabajo y de la clase trabajadora), que comprende desde el obrero (industrial y rural), en relativo proceso de reducción especialmente en los países del Norte, hasta el proletariado de servicios, los nuevos contingentes de hombres y mujeres terciarizados, subcontratados, temporales, que *se expanden a nivel mundial*. De éstos tenemos muchos ejemplos: los trabajadores/as de *telemarketing* y *call center*, los trabajadores que trabajan dos turnos en los bancos, los *motoboy*s que mueren en las calles y avenidas entregando bienes materiales adquiridos en el universo virtual, los asalariados en los hipermercados y en los *fast food*, lugares donde un creciente proletariado de servicios vive en carne propia lo que se podría llamar la *walmartización* del trabajo, esto es, un acentuado proceso de precarización que se aproxima a lo que Ursula Huws designó como *cybertariat*, o proletariado de la era cibernética, que vive las condiciones de trabajo (*casi*) *virtual* en un mundo (*muy*) *real*, tanto más *heterogéneo* cuanto su perfil es más homogéneo en su precarización estructural y acentuado nivel de explotación del trabajo, lo que posibilita descubrir nuevas potencialidades de organización y búsqueda de pertenencia de clase, distante de la propalada *integración del proletariado* (Huws, 2003).

Nada más sintomático que los recientes ejemplos ocurridos en Francia, que van desde la explosión de los migrantes (sin o con poco trabajo) hasta la de los estudiantes y trabajadores luchando contra el Contrato de Primer Empleo.

### **Tercera nota crítica**

No menos polémica es la reflexión de André Gorz acerca de la noción de *inmaterialidad* del trabajo. Influenciado por las teorías del “capital humano” y por las tesis

que propugnan la intangibilidad del “valor” generado por el trabajo inmaterial, Gorz acaba confluyendo en la idea de que *el trabajo ya no es mensurable según los patrones y normas preestablecidas* (2005:18).

A diferencia de la robótica, modalidad del trabajo en la era de la maquinaria,

los trabajadores post-fordistas deben entrar en el proceso de producción con todo el bagaje cultural que hayan adquirido en los juegos, en los deportes de equipo, en las luchas, en las disputas, en las actividades musicales, teatrales, etcétera. Es en esas actividades fuera del trabajo en las que desarrollan su vivacidad, su capacidad de improvisación, de cooperación. Es su saber vernáculo el que la empresa post-fordista pone a trabajar, y explota (*Ibid.*: 19).

De esta manera –siempre siguiendo al autor–, el saber acaba por convertirse en *la más importante fuente de creación de valor, una vez que está en la base de la innovación, de la comunicación y de la autoorganización creativa y continuamente renovada*. Esto lo lleva a concluir que el “trabajo del saber vivo *no produce nada materialmente palpable*. Éste es, sobre todo en la economía de la red, el trabajo del sujeto cuya actividad es reproducirse a sí mismo” (*Ibid.*:20, cursivas mías).

Emerge la intangibilidad de esa forma de *trabajo*:

El conocimiento, a diferencia del trabajo social general, es imposible traducirlo y medirlo en unidades abstractas simples. No es reducible a una cantidad de trabajo abstracto del cual sería el equivalente, el resultado o el producto. El [conocimiento] recobra y designa una gran diversidad de capacidades *heterogéneas*, es decir, *sin medida común*, entre otras, el sentido común, la intuición, el sentido estético, el nivel de formación y de información, la facultad de aprender y de adaptarse a situaciones imprevistas; capacidades ellas mismas operadas por actividades heterogéneas que van del cálculo matemático a la retórica y al arte de convencer al interlocutor; de la investigación técnico-científica a la invención de normas estéticas (*Ibid.*:29).

La conclusión, entonces, es evidente:

La heterogeneidad de las actividades del trabajo llamadas “cognitivas”, de los productos inmateriales que ellas crean y de las capacidades y saberes que implican, tornan inmensurables tanto al valor de las fuerzas de trabajo como al de sus productos. Las escalas de evaluación del trabajo se convierten en un tejido de contradicciones. La imposibilidad de enmarcar y estandarizar todos los parámetros de las prestaciones demandadas se traduce en vanas tentativas por cuantificar su dimensión cualitativa, y por la definición de normas de rendimiento calculadas casi por segundo, que no dan cuenta de la cualidad “comunicacional” del servicio exigido por otros (*Ibid.*:29 y 30).

Y agrega, a propósito de las consecuencias de esta modalidad de trabajo con relación a la ley del valor:

La crisis de la medición del tiempo de trabajo engendra inevitablemente la crisis de la medición del valor. Cuando el tiempo socialmente necesario para la producción se torna incierto, tal incertidumbre no puede dejar de repercutir sobre el valor de cambio de lo que se produce. El carácter cada vez más cualitativo, cada vez menos mensurable del trabajo, pone en crisis la pertinencia de las nociones de “plustrabajo” y de “pluvalor”. La crisis de medición del valor pone en crisis la definición de la esencia del valor. En consecuencia, pone en crisis al sistema de equivalencias que regula las transacciones comerciales (*Ibid.*).

La imposibilidad de medición del valor se convierte, entonces, en *la nueva indeterminación reinante*. Lo que es una tendencia –el trabajo inmaterial generado por el saber y por la dimensión cognitiva– se torna para Gorz en *dominante* e incluso *determinante*, equívoco metodológico que lo lleva a obstaculizar y trabar la comprensión de las nuevas modalidades de la ley del valor.

Surge así la confluencia entre la formulación de Gorz y la precozmente envejecida tesis habermasiana de *la ciencia que descompensa al valor y hace superfluo al trabajo vivo*:

Con la informatización y la automatización, *el trabajo dejó de ser la principal fuerza productiva* y los salarios dejaron de ser el principal costo de producción. La composición orgánica del capital (esto es, la relación entre capital fijo y capital variable) aumentó rápidamente. El capital se convirtió en el factor preponderante de la producción. La remuneración, la reproducción, la continua innovación técnica del capital fijo material, requieren medios financieros muy superiores al costo del trabajo. Actualmente, este último es con frecuencia inferior a 15 por ciento del costo total. El reparto entre el capital y el trabajo del “valor” producido por las empresas recae cada vez más a favor del primero (...) Los asalariados deberían ser obligados a elegir entre el deterioro de sus condiciones de trabajo y el desempleo (Gorz, 2005a, cursivas mías).

Valor sin medición, trabajo sin plustrabajo. Es inevitable una descompensación y una no medida en la teoría del valor, ahora fortalecida por la tesis de la inmaterialidad del trabajo.

Por nuestra parte, al contrario, creemos que las formas del trabajo inmaterial expresan las distintas modalidades del trabajo vivo, necesarias para la valorización contemporánea del valor. En el proceso de trabajo, donde el saber científico y el saber laboral se mezclan aún más directamente, *la potencia creadora* del trabajo vivo asume tanto la forma (todavía dominante) del trabajo material, como la *modalidad tendencial* del trabajo inmaterial.

Esto porque la propia creación del sistema de máquinas informáticas más avanzado es resultado de la interacción activa entre el saber del trabajo (intelectual) de los trabajadores actuando junto a la máquina informatizada, transfiriendo parte de sus atributos al nuevo equipamiento que resultó de este proceso, *objetivando actividades subjetivas, dando nuevas dimensiones y configuraciones a la teoría del valor*. Y las



respuestas cognitivas del trabajo, cuando son causadas por la producción, son partes constitutivas del trabajo social, complejo y combinado, que crea valor colectivamente.

Este no se torna inmensurable porque, no siendo ni único ni dominante –aquí aflora otro rasgo eminentemente eurocéntrico de los críticos del trabajo–, el trabajo inmaterial se convierte en *trabajo intelectual abstracto* (Vincent, 1993), estableciendo con ello un complejo proceso interactivo entre trabajo, saber y ciencia productiva. Esto no lleva a la extinción del *tiempo socialmente medio de trabajo para la configuración del valor*, sino al contrario, *inserta los crecientes elementos sólidos del trabajo inmaterial en la lógica de la acumulación y su materialización, incorporándolos en el tiempo social medio de un trabajo cada vez más complejo, asimilándolos a la nueva fase de la producción del valor.*

De este modo, se configura una fuerza de trabajo más compleja, multifuncional, en sintonía con la fase de la empresa reducida, flexibilizada y toyotizada, en la cual la fuerza de trabajo es explotada de manera aún más intensa, material e inmaterialmente, en comparación con la fase taylorizada-fordizada.

Por lo tanto, más que una descompensación de la ley del valor, la creciente imbricación entre trabajo material e inmaterial –resultado de la ampliación de las actividades dotadas de mayor dimensión intelectual, tanto en las actividades industriales más informatizadas, como en las esferas comprendidas en el sector servicios o en el de las comunicaciones–, configura una adición fundamental para comprender los nuevos mecanismos de la teoría del valor.

Para ejemplificar esa tendencia, recurro a la propaganda de la *Manpower*, transnacional que terciariza a la fuerza de trabajo en el ámbito mundial. Se trata de una empresa que:

Crea empresas teniendo clientes en más de sesenta países, (...) más de 400 mil clientes de los más diversos sectores: comercio, industria, servicios y promoción (...). La *Manpower* está preparada para atender a sus clientes con *servicios de alto valor agregado* [cursivas mías], como contratación y administración de funcionarios temporales; reclutamiento y selección de profesionales efectivos para todas las áreas; programas de *trainees* y de practicantes, proyectos de terciarización y servicios de *contact center*; administración de RH (RH Total) y contratación de profesionales con alto grado de especialización (División *Manpower Profesional*, *Manpower Brasil*, [www.manpower.com.br](http://www.manpower.com.br)).

Lo que para algunos es intangible, es claramente asimilado por la transnacional Toyota, tal como se desprende del *slogan* adoptado por la planta de Takaoka: “*Yoi kangae, yoi shina*” (“Los buenos pensamientos significan buenos productos”). Esta frase se encuentra en la bandera que ondea en la entrada de esa unidad productiva (*Business Week*, 18 de noviembre de 2003). Ciertamente, la montadora nipona (al igual que *Manpower*) sabe cuantificar y contabilizar el plusvalor que extrae del trabajo cualitativo.

Al contrario, por tanto, de la no medición del valor trabajo, ésta sufre una alteración cualitativa que fortalece y da vitalidad al capital, tanto en su proceso de

valorización como en sus embates contra el mundo del trabajo. Más que una reducción o pérdida de relevancia de la teoría del valor-trabajo, ésta experimenta una alteración sustantiva, producto de la ampliación de las formas y mecanismos de creación y valorización del capital, proceso profundamente marcado, incluso, por la ampliación de las formas y mecanismos de extracción del plustrabajo.

Por tanto, el trabajo inmaterial (o no-material, como dice Marx, 1978) expresa la vigencia de la *esfera informacional de la forma-mercancía* (Vincent, 1993 y 1995; Tosel, 1995), explicando las mutaciones del trabajo al interior de las grandes empresas industriales y de servicios que cuentan con tecnología de punta, estando centralmente subordinados a la lógica de la producción de mercancías y de capital. Son formas de *trabajo (intelectual) abstracto*, y no del fin de éste.

Por último, es preciso recalcar, tal como lo hicimos en *Los sentidos del trabajo*, que la *inmaterialidad* es una tendencia, ya que la *materialidad* es todavía una condición de larga prevalencia, especialmente cuando se mira al capitalismo a escala global, mundializado, diseñado por la (nueva) división internacional del trabajo donde –vale la pena recordar una vez más– dos terceras partes de la humanidad que trabaja se encuentra en los países del Sur. En la última década, la explosión china (para no hablar de la India) fincada en la enorme fuerza sobrante de trabajo y en la incorporación de tecnología informacional –todo esto articulado con un control socio-técnico de los trabajadores–, ha permitido una explotación desmesurada de la fuerza de trabajo y, en consecuencia, una expansión monumental del valor, lo cual invalida (empírica y teóricamente) la teoría de la irrelevancia del trabajo vivo en el mundo de la producción de valor. Además, parece debilitar en gran medida la tesis de la inmaterialidad del trabajo como forma de *superación* o *inadecuación* de la teoría del valor.

Del trabajo intensivo en Japón al *trabajo contingente* presente en Estados Unidos; de los migrantes que llegan al Occidente avanzado, al submundo del trabajo en el polo asiático; de las maquiladoras en México a los precarizados/as de toda Europa oriental; de la *Nike* a los *MacDonald's*; de la *General Motors* a la *Ford* y la *Toyota*; de las trabajadoras de los *call centers* a los trabajadores de *Wal Mart*, se puede constatar que el *infierno del trabajo* viene expresando las distintas modalidades del trabajo vivo, necesarias para la creación del valor.

Un último comentario: en una reciente entrevista concedida por André Gorz (2005a) podemos encontrar varios rasgos críticos, tanto respecto del crecimiento medido exclusivamente por el capital y por el mercado, como su rechazo al capitalismo, argumentando que se torna imperiosa una “lógica subversiva” para desmontarlo. En cierto modo, esas formulaciones nos recuerdan al André Gorz de sus escritos más críticos y radicales. Y en este universo, mis convergencias con él son mayores.

## Bibliografía

ANTUNES, Ricardo (1995), *Adeus ao Trabalho? Ensaio sobre as Metamorfoses e a Centralidade do Mundo do Trabalho*, São Paulo, Cortez/UNICAMP.

- ANTUNES, Ricardo (1999), *Os Sentidos do Trabalho*, São Paulo, Boitempo.
- ANTUNES, Ricardo (2005), *O Caracol e sua Concha: Ensaio sobre a Nova Morfologia do Trabalho*, São Paulo, Boitempo.
- ESQUILO (s/f), *Prometeu Acorrentado*, Río de Janeiro, Ediouro.
- GORZ, André (1982), *Adeus ao Proletariado*, Río de Janeiro, Forense.
- GORZ, André (2003), *Metamorfoses do Trabalho*, São Paulo, Anablume.
- GORZ, André (2005), *Imaterial*, São Paulo, Anablume.
- GORZ, André (2005a), *IHU on line*, Edición Especial, año 5, enero.
- HEGEL, Georg W. F. (1966), *Fenomenología del Espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HESÍODO (1990), *Os Trabalhos e os Dias*, São Paulo, Iluminuras.
- HUWS, Ursula (2003), *The Making of a Cybertariat (virtual work in a real world)*, Nueva York/Londres, Monthly Review Press/The Merlin Press.
- LUKÁCS, Georg (1975), *Historia y Conciencia de Clase*, Barcelona, Grijalbo/Península.
- LUKÁCS, Georg (1981), *Ontologia Dell'Essere Sociale*, Roma, Riuniti, dos vols.
- MARX, Karl (1971), *O Capital*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, vol. 1.
- MARX, Karl (1978), *Capítulo VI, Inédito*, São Paulo, Ed. Ciências Humanas.
- MARX, Karl (2004), *Manuscritos Económico-Filosóficos*, São Paulo, Boitempo.
- TOSEL, André (1995), "Centralité et Non-Centralité du Travail ou La Passion des Hommes Superflus", en Jacques BIDEZ e Jacques TEXIER, *La Crise du Travail. Actuel Marx Confrontation*, París, Press Universitaires de France.
- VINCENT, J. Marie (1993[2]), "Les Automatismes Sociaux et le 'General Intellect'", en *Futur Antérieur. Paradigmes du Travail*, París, L'Harmattan, núm. 16.
- VINCENT, J. Marie (1995), "Flexibilité du Travail et Plasticité Humaine", en Jacques BIDEZ e Jacques TEXIER, *La Crise du Travail. Actuel Marx Confrontation*, París, Press Universitaires de France.